

## EN NICARAGUA!

LA SITUACION QUE TODAVIA PREVALECE EN NICARAGUA TAMBIEN HACE OPORTUNA LA PUBLICACION DE OTRO BRILLANTE ANALISIS HECHO POR EL DOCTOR CARLOS CUADRA PASOS EN 1937 CON MOTIVO DE LOS PRIMEROS BROTES COMUNISTAS EN EL PAIS. EL CUADRO QUE NOS PINTA DE LA VIDA RURAL ES EN MUCHOS ASPECTOS PARECIDO AL DE GUATEMALA Y TODO LO QUE EL AUTOR PREVEIA EN AQUELLA EPOCA SE HA CUMPLIDO CASI AL PIE DE LA LETRA

## POSIBILIDADES DEL COMUNISMO EN NICARAGUA

**CARLOS CUADRA PASOS**  
Historiador Nicaragüense

Cuando se ven cerrados los horizontes del mundo por el anuncio de la tempestad que se ha desatado ya sobre varias naciones, conmoviendo, azotando y destruyendo, es natural que el alma nicaragüense sobrecogida se pregunte: ¿será posible que desate su furia sobre nosotros? Si a tal interrogación dieran las señales del tiempo una respuesta negativa, no nos sería dado sin embargo gozar de descuidada tranquilidad, cuando truenan tan recio al otro lado del mar. Pero si la contestación fuere afirmativa se impone de urgencia prevenir esas posibilidades, investigando los métodos que sea preciso adoptar para atajar la invasión antes de que se desborde asolando nuestra patria. Me toca discurrir sobre el tema básico de las medidas que deban adoptarse para resolver de manera justa y conveniente el problema social en Nicaragua. El tema es más de observación que de filosóficas reflexiones. Mi vida pública me ha puesto en contacto por años con las masas, y me ha permitido divisar el panorama social desde los miradores del Estado y de relaciones animadas con elementos de las diferentes clases sociales. Rendiré pues, un testimonio sobre cosas vistas, y procuraré verter lo que mi experiencia ha podido deducir de los hechos, de las relaciones de nuestras cosas con las cosas de otros países.

Concretémonos a Nicaragua. Acompáñenme a recorrer el paisaje no siempre risueño de las diferentes clases de nuestra sociedad, y a estudiar su organización. Siento mucho tener que usar un lenguaje crudo para pronunciar verdades duras que pueden talvez mo-

lestar a algunas personas sensibles; pero estoy obligado a no ocultar ninguna de las observaciones que haya podido hacer en mi contacto con esas clases sociales. Solo dejando expuesta el mal sin contemplaciones, y visibles las llagas, podrán tener acierto para aconsejar los remedios, y aceptarlos cualquiera que sea la amargura de su sabor.

Principiemos por la familia, núcleo central de la sociedad. Débil se presenta su organización en el pueblo de Nicaragua. Al decir esto debe entenderse que me refiero a la mayoría de la población y no a sus "elites" que informan una minoría radicada en las clases principal, media y artesana. En esa pequeña porción selecta florece la familia cristiana con un organismo sano y frondoso; pero entre el verdadero proletariado y entre los campesinos dispersos en haciendas y aldeas remotas, es triste tener que confesar que carece de organización la familia en nuestra patria. Generalmente no está edificada sobre el matrimonio, y muchas veces ni aún sobre la pareja de hombre y mujer enlazados por un amor natural, fiel y durable. El padre no es cabeza de familia; y esta función, que es quizás la más importante del patriotismo, está abandonada a la madre a quien toca desempeñar todos los ingentes deberes que se relacionan con la prole. El Estado ha mirado con indiferencia en nuestra historia esa desorganización familiar. No ayuda a la madre en su tarea de sustentar el hogar a que la somete el desvío del hombre de tal obligación. No protege tampoco a los niños que crecen en la horfandad. El vicio de la ebriedad, por desgracia

bastante generalizado en nuestro pueblo, relaja más aún los resortes familiares afectando también aquellos hogares que están fundamentados sobre el matrimonio. El varón se aleja seducido por el licor, y la casa queda sin autoridad masculina; y cuando regresa a ejercer autoridad, lo hace, por efectos de la misma ebriedad, con dureza y altanería. Por esa razón del maltrato la mujer del bajo pueblo tiene miedo siempre a contraer matrimonio, y prefiere muchas veces las incertidumbres y las inseguridades del amancebamiento, porque cree que en conciencia no la liga a un deber de soportar las insolencias del compañero. Es este uno de los cuadros más sombríos de nuestra sociedad

El Estado en la historia de la época de la independencia para acá se nos presenta como culpable de fomentar la ebriedad en el pueblo porque ha fincado en la venta de licores una de las rentas que sostienen su mecanismo. "Sunt lacrimae rerum": el aguardiente vendido por el Estado es el que disuelve la familia y degenera la raza, porque como buen tabernero tiene que regocijarse cuando aumenta el venenoso consumo.

Otra de las flaquezas del hogar nicaragüense está constituida por la pésima reglamentación del trabajo de la infancia. El abandono de la madre, que he descrito en el párrafo anterior, la obliga para poder mantener la casa a imponer trabajos fuertes a los menores de la familia, en esa edad en que todavía debieran vagar en los juegos risueños que desarrollan el cuerpo, y ejercitarse en la escuela que desarrolla la inteligencia y el espíritu por la buena enseñanza. Contristan el alma los trabajos a que se ven sujetos los niños en Nicaragua. Van los lecheritos por los caminos fangosos, agostándose en sus tiernos años con su monótona labor durante las horas de la noche, durmiendo sobre los cántaros al ritmo del trote de la mula, cuando debieran estar descansando y durmiendo a pierna suelta para ser los vigorosos trabajadores del mañana. Y quién no ha visto a esas pobres vendedorcitas ambulantes que marchan por las calles sudorosas con una batea sobre la cabeza ofreciendo su mercancía ante la indiferencia del público, y qué acaban vendiendo, ¡ay dolor!, no sólo lo que va sobre la batea sino lo que va debajo.

Todas estas realidades dolorosas dispersan el hogar nicaragüense, el cual carece de esa forma de reunión caliente en que sus miembros conversan sobre las cosas del pasado y del porvenir; reuniones en que la familia va pasando de generación en generación las tradiciones de la casa, que engarzadas en el hilo del recuerdo forman en la perspectiva clase social, con el nombre de la familia, una entidad potente y respetable.

Vamos ahora a dar un vistazo a la propiedad. Su concepción romana de dominio enraizado en el ajeno respeto, no ha penetrado muy hondo en las inteligencias y en los sentimientos de los nicaragüenses. Repito que en estas aseveraciones no me refiero a la "élite" formada por una minoría extraída de las clases principal, media y artesana. La mayoría no siente por la propiedad ni amor ni respeto. El individuo del pueblo no da esas muestras de aspiración a ser propietario que es quizá la fuente mayor de sólida riqueza en los países de Europa. Me fundo para esta aseveración desagradable en que ese mismo individuo es enemigo del ahorro, y es sabido que el ahorro nace espontáneamente en la voluntad del hombre por el estímulo del deseo de ser propietario. Cuando una persona anhela poseer una cosa, se propone como medio de adquirirla al recoger

su valor, es decir lo necesario para comprarla: de ahí el propósito de guardar lo sobrante después de satisfechas las necesidades del diario vivir. Esa que pudiéramos llamar tentación de la propiedad, y que es el despertar del deseo de adquirir, no se observa en el ánimo de los varones de nuestro pueblo.

Del deseo de la propiedad se deduce como lógica consecuencia el respeto por la propiedad. Si a mí me gusta una cosa y deseo adquirirla, me place que dicha cosa se conserve íntegra, limpia y sana, aunque esté en manos ajenas. Tal respeto no es sentido por nuestro bajo pueblo y muchas veces ni aún por individuos de las clases más cultas. La propiedad rural sufre los ultrajes del irrespeto. Las guerras civiles han impreso el concepto de inseguridad permanente sobre las fincas. Tomar lo ajeno en el campo es una de las funciones del militar en campaña en nuestras contiendas fratricidas. El pueblo mira con tal naturalidad esa función, que con ese instinto que le guía en la construcción del idioma, y que le lleva a expresar con un verbo toda acción repetida y acostumbrada, ha inventado el vocablo "afianzar", que significa en lenguaje militar coger lo ajeno en campaña, sin que esto sea robar.

Por esa inseguridad de la propiedad rural, nuestros campos se han ido despoblando de propietarios. Las haciendas que ayer eran lugar de residencia de sus dueños, sufren ahora su ausencia y se mantienen en poder de asalariados que no sienten por ellas el afecto que infunde la propiedad. Nuestros mal llamados agricultores han ido perdiendo poco a poco el amor a las cosas del campo, que es fuente de prosperidad; y fuera de una ligera visita hecha de carrera y con ánimo de regresar pronto a la ciudad, viven de espalda a la mesta. Signo también de ese irrespeto a la propiedad es el trato que nuestro pueblo da a los árboles frutales, a los cuales parece que tuviera inquina porque siempre trata de destruirlos. Los árboles que sirven de adorno en las calles son ultrajados sin piedad por los transeúntes. He visto a la plebe y también a los señoritos destruir los árboles sin ninguna piedad, por simple retozo, cuando regresan alegres por las noches de los holgorios de nuestras fiestas regionales.

Todas las esencias de nuestra cultura están comprendidas y mantenidas en la religión cristiana bajo cuya protección nació y ha crecido felizmente la raza indo-hispana a que pertenecemos. La religión en cuanto significa fé en la divinidad de Jesucristo está enraizada en el alma de Nicaragua, que se confiesa católica, apostólica y romana. Pero las fuerzas morales del Evangelio no obran con todo su vigor en la Nación. La ausencia de las órdenes religiosas que abandonaron el territorio arrojadas después de la Independencia, ha producido un efecto de debilitamiento de esas fuerzas en el país. El clero ha sido escaso de número, y por ello no ha existido el trabajo del párroco en los departamentos donde la población está diseminada en grandes extensiones de territorios. La parroquia es el centro de las relaciones del pueblo con la Iglesia. Alrededor de la parroquia se reúnen las diferentes clases para exponer quejas, recibir consejos, cambiar impresiones y gozar de los sacramentos. En la tertulia de la parroquia, en otros países, es donde se verifica en los distritos rurales la apacible igualdad social que, sin romper jerarquías, permite la compenetración de intereses y aspiraciones entre los católicos. Por la escasez de personal no se siente esa influencia del párroco en Nicaragua.

No presentan una solidez satisfactoria las tres bases de nuestra sociedad, como resultado del vistazo que he dado sobre el paisaje. Deseo examinar ahora como se desenvuelven las relaciones entre las diferentes clases sociales, para ver si la falta de antagonismo pueda cerrar las puertas a la lucha de clases, que prepara el terreno al comunismo. Antiguamente las relaciones entre las clases en Nicaragua eran apacibles y de notoria cooperación. Un trato amistoso se verificaba por el permanente contacto entre los diferentes elementos, y se manifestaba en el intercambio de servicios, en la ayuda mutua y en la suma de aspiraciones. La clase principal y la clase artesana se trataban entre sí con suma llaneza y gran confianza. Los artesanos trabajaban muy bien organizados en el taller, alrededor del cual concurría un número de individuos del mismo oficio, para constituir casi una familia, que dirigida por el maestro, trabajaba, para beneficio de todos y de cada uno, para mejoramiento del arte, que era amado con entusiasmo de vacación. La clase principal trataba también directamente con las masas en armonía. El pueblo encontraba siempre abiertas las puertas de las grandes casas centrales, a las que visitaba asiduamente y con entera confianza, y a las cuales ocurría a la hora de las aflicciones para pedir auxilio, al que se sentía con derecho y el que le era otorgado con la naturalidad de quien entrega cosa debida. En el campo, el dueño, permanecía en la hacienda tanto tiempo como en la ciudad, y cultivaba las relaciones más íntimas con los labradores, que en él veían su consejero, su médico, su farmacéutico, su maestro y al mismo tiempo su buen amigo. Las casas de las haciendas eran construídas sólidas, cómodas, espaciosas, iguales a las de la ciudad, porque se preparaban para habitación de su propietario, y no para breves visitas como en calidad de campamento. Allí el dueño se identificaba con el sirviente en el cultivo de la tierra, en el cariño a los animales domésticos. Conocían a los caballos por su nombre y para ellos las vacas tenían fisonomía. Dueños y sirvientes discutían y resolvían las operaciones del cultivo y compra y venta de los animales. Esa vida del campo fué destruída por las guerras civiles que reconcentraron a los propietarios a las ciudades, abandonando las haciendas a manos mercenarias, e interrumpiendo tales relaciones entre patrón y servidor.

Mi generación no alcanzó en su plenitud aquella dichosa organización de la mesta nicaragüense, pero todavía recuerdo haber visto, como resto de esas costumbres honorables, los últimos brotes de aquella tranquila sociabilidad. Los sirvientes venían a la casa del patrón de la ciudad como si fueran a su propia casa, a curarse cuando estaban enfermos, y a morir entre los cuidados de la familia y con los auxilios divinos cuando la enfermedad no tenía cura. Tiempos aquellos en que las casonas principales eran escuelas públicas para los niños de las clases pobres, ahijados de los jóvenes y de las señoritas de la familia. El vínculo del padrinazgo era un verdadero parentesco. Permitaseme que en un desahogo de mi corazón recuerde ahora la casa de mis padres, de amplísimos corredores, sembrados aquí y allá de pequeños taburetes en que se sentaba una chiquillería bulliciosa del pueblo, a la cual mis hermanas, dirigidas a su vez por mi madre, enseñaba a leer, a escribir y a echar las cuentas de una elemental aritmética. Tiempo pasado irremisiblemente, nobles costumbres concluídas. Ahora las relaciones entre las clases

se han enfriado, y aunque no hay todavía motivos de hondas contradicciones de intereses, ni de profundos rencores, cada día se alejan unas de otras, y cierta latente desconfianza ha ido sustituyendo a los antiguos afectos, que mantenían la organización casi patriarcal de Nicaragua.

De todo esto resulta que no son incommovibles las esencias de nuestra cultura, y que puede corroerlas el ácido de las malas doctrinas. Es postura cómoda la de los que afirman, por sí y ante sí, que no existe el peligro del comunismo. Así procede siempre el hombre en su desenvolvimiento individual en relación a los pecados y a los vicios. En lugar de combatirlos cuando asoman en la voluntad con las fuerzas de las virtudes que le son antagónicas, niegan sus peligros y se atienen a imposibilidades imaginarias de caer en sus abismos. Puede tomar una copa a menudo dice el joven porque mi sangre es refractaria a la ebriedad, y frecuenta las tabernas y por fin cae en el vicio, en la ruina y en la abyección. Igual procede colectivamente ante los grandes peligros sociales. No abandona su comodidad ante el comunismo porque dice que es un fenómeno de los países que tienen grandes industrias, y numerosas aglomeraciones de obreros. Algo parecido afirmó Carlos Marx, quien decía que sus doctrinas solamente podían ser ensayadas en los países donde la industria alcanzase alto desarrollo. Sin embargo Rusia no era un país de grandes industrias, sino agrícola, productor de trigo, surtidor de materias primas a las naciones industriales de la Europa anterior a la Guerra, y fué el primer pueblo que abrazó el comunismo.

Es un error creer que el comunismo se desenvuelve sólo sobre su parte económica. Esta es el punto de apoyo de sus principios disolventes. Expone la doctrina de la plusvalía para derivar de ella la interpretación económica de la historia, el materialismo puro, y la necesidad de la lucha de clases. Pero el materialismo histórico significa una agresiva contradicción a las máximas del cristianismo y la guerra a la religión. Para esa campaña el comunismo adopta un método de proselitismo casi meseánico. Un filósofo moderno dice que en virtud de ese aspecto pretende poseer su revelación, sus libros sagrados, sus maestros oficiales que afirman y no admiten contradicción. Y el Profesor Asmus de la Universidad de Moscú asegura que "el marxismo, siguiendo el ejemplo de su fundador, se muestra despiadado, no admite ningún compromiso, ninguna conciliación," ningún eclecticismo".

Respecto al desenvolvimiento del comunismo en Rusia, leí hace poco con grande interés unas conferencias que, con el título de "Metafísica del bolchevismo", dictó en las famosas Semanas Universitarias de Salzburgo, un ruso que aleccionado por el sufrimiento, ha podido estudiar, sobre el campo mismo de experimentación, ese terrible episodio de la historia moderna. Se llama Iván von Kologriwot y pertenece a la falange de intelectuales esclavos que han iniciado un franco regreso a las doctrinas integrales del cristianismo. Conoce a fondo las causas y el sentido de la revelación. Fué en sus mocedades oficial de los ejércitos del Zar y combatió con denuedo contra los alemanes en la Prusia Oriental. Después, destrozada el alma por la catástrofe que arruinó a su patria, cambió los arreos militares por la negra sotana de los soldados de Ignacio de Loyola. Cuando examina Iván los antecedentes de la revolución en Rusia traza algunos cuadros del estado social ante-

rior a la guerra y de la historia de la formación de la sociedad rusa, en los cuales he encontrado similitud afflictivas con el estado actual de Nicaragua y con la historia de nuestro desenvolvimiento como sociedad cristiana. Siguiendo con avidez esas conferencias he meditado bastante sobre el tema de que me ocupo en este momento, y con temor creciente he apercibido los precipicios en que podemos caer si seguimos caminando perdida la dirección que nos señala un recto sentido histórico

Iván principia su primera conferencia diciendo en tono enternecido: "La historia de mi país es una de las más dolorosas del mundo entero. Lo que muy particularmente la distingue de los países occidentales es el haber estado sometida, desde los primeros días de su existencia, a sacudidas bruscas." Cualquiera pudiera principiar a hablar sobre Nicaragua con el mismo acento. Desde la independencia el Estado nicaragüense, con breve descanso, ha crecido entre convulsiones, algunas de las cuales le han puesto en punto de perder sagrados tesoros de su nacionalidad. Nuestra sociedad ha carecido de quietud para organizar sus fuerzas económicas y espirituales, en forma que le permita prosperar con el empuje a que le dan derecho los dones naturales que le diera el Creador. Nuestra historia ha sido la de una permanente y exaltada contradicción que ha desconcertado el proceso de la vida nacional. Kologriwof dice que una vez de las debilidades sociales de Rusia procede de que su organización estatal no nació de la entraña misma nacional, sino que fue de un tipo importado de cultura, que Pedro el Grande le impuso con la misma violencia con que Lenin y sus adláteres le impusieron el bolchevismo. El mismo fenómeno se presenta en la historia republicana de Nicaragua. A raíz de la independencia nuestros abuelos desviaron la república de la tradición castiza, y le impusieron un sistema de Gobierno de tipo sajón, que resultaba incomprendible para nuestras masas. No extrajeron de la entraña de nuestras costumbres las pautas de gobernar; y desde entonces hemos vivido entre las ficciones de una clase dirigente que se ha dictado normas imposibles de cumplir, produciendo la inconformidad de las clases populares que han atribuido, en las ardientes controversias de una política partidarista, esa falta de cumplimiento a falacia de los superiores, porque no pueden explicarse de otra manera el divorcio constante entre la constitución escrita y la constitución real de nuestra nación. Y sobre esa base jurídica artificial y floja la autoridad ha carecido de firmeza y eficiencia.

El conferenciante ruso afirma, y lo prueba con un razonamiento histórico, que el comunismo triunfó en Rusia no por la fuerza de una doctrina que suprime la propiedad privada por su carencia de justicia distributiva, sino porque en largos años el pueblo se acostumbra a las agitaciones del nihilismo, que carecía de conceptos constructivos y se expandía en negaciones y destrucciones de lo existente. Sin tener miras precisas de nihilismo, nuestras conmociones políticas, si se les examina hondamente, han tenido siempre a producirse en una anarquía destructora de lo culminante, en que han predominado ideales de deshacer y de negar, más que de edificar de manera diferente que el adversario.

El defecto capital de Rusia según Iván consistía en el gran desnivel cultural entre sus clases dirigentes y sus masas populares. Juntos vivían una nobleza ilustrada de tendencias volterianas, y clases campesinas de

cerrada ignorancia. Aunque no de manera tan sombría algo parecido tiene Nicaragua: Una "élite" que goza de bastante cultura y produce la impresión de una sociedad civilizada, junto a una clase popular, que exhibe una cifra de analfabetismo verdaderamente desconsoladora. Y aunque parezca paradójico, esa ignorancia de nuestras clases populares está complicada por la aguda inteligencia natural del nicaragüense, que lo hace formar masas inquietas que se apoderan con prontitud de una idea, que, mal digerida, las exalta en virtud de una fantasía vivaz. Imaginémos con esta condición con cuanta facilidad puede ser presa esa masa del comunismo, y lo que ella sería una vez lanzada, con las perturbaciones de ese ideal, a las reivindicaciones de un bienestar a que tiene derecho desde el punto de vista de la justicia social, pero que más bien aleja al usar la violencia.

En Rusia se rendía culto al sufrimiento por el sufrimiento mismo, en virtud, según Kologriwof "de una ascética desprovista de la gracia divina, que acepta el sufrimiento por el misterio mismo del sufrimiento, sin el contrapeso del amor de Dios, ni de las bendiciones de la Gracia". En Nicaragua se rinde homenaje a esa clase de sufrimiento. Se gusta de cultivar el dolor como un galardón, se rehuye la tranquilidad, y se desprecia la vida normal que son grandes bienes de la cultura. El nicaragüense se solaza, si pudiera valer la contradicción de términos, en el pesimismo. No tiene la justa medida del sufrimiento como precio de adquisición de ciertos bienes, y lo soporta con indiferencia y terquedad por cosas triviales, por mentidas esperanzas de mejoramiento, por cualquier causa que su exaltada imaginación sublima.

Por todas estas partes débiles de nuestro organismo puede irrumpir el enemigo. Son defectos susceptibles de corrección, y corrigiéndolos es como podemos preservarnos de la tempestad. Hemos oído decir algunas veces que esa misma condición de nuestro pueblo, fácil para aceptar el sufrimiento, lo hace incapaz de lanzarse a subversiones terroristas, que tienen por origen el espíritu de inconformidad ante el sufrimiento. Agregan que nuestro pueblo vive notoriamente satisfecho en su actual baja condición de vida material. *Gravísimo error.* Su conformidad es aparente. La ignorancia le ha hecho formarse un concepto grosero del trabajo, que acepta como el esfuerzo mínimo para satisfacer las necesidades más ordinarias de la vida. No tiene la idea redentora y purificadora del trabajo, que lo enaltece como medio de satisfacer esas necesidades, y además de conquistar una mejora positiva de condición. No tiene esa idea, porque en realidad encuentra la indiferencia de las clases directoras que no se aperciben de que, como un hecho fatal, existe latente el antagonismo de clases, que sólo se calma con la realización cristiana de la justicia social.

No puede estar contento el trabajador del campo como ser racional, en su triste actual condición. Su vida en las haciendas es de abandono, de suciedad, de falta de higiene y de mala alimentación. Ningún hombre medianamente culto y de alma delicada puede contemplar sin tristeza un corte de café en las haciendas de Nicaragua. A los operarios se les amontona en inhumana confusión de sexos en galerones infectos, en donde los jóvenes pierden salud y moral. Se dá trabajo inconsiderado a las mujeres embarazadas sin fijarse que producen con ello degeneración en la raza. Los niños van

confundidos con los hombres a las faenas para fracasar en una educación soez. También es triste el cuadro en las lecherías. Los ordeñadores trabajan a la media noche, en corrales llenos de estiércol, bajo aguaceros torrenciales, perdiendo fuerza y lozanía. Un observador puede notar cuan pronto envejecen los hombres en nuestros campos extenuados por un trabajo que si no es exorbitante, es bien desordenado y en consecuencia insalubre.

Con superficialidad de criterio suele repetirse que nuestro pueblo no pasa necesidades y que vive satisfecho porque come frijoles y plátanos que es una alimentación buena, bastante superior a la acostumbrada por los pobres en otros países del continente. Pero nadie, incluso el Estado, se ha preocupado de examinar si esa alimentación es verdaderamente completa, y mucho menos de dictar medidas en este punto que es de vitalísima importancia para la raza. Además el licor que se le sirve es envenenador porque contiene aceites esenciales que destruyen la salud y perturban el organismo. Por eso nuestro pueblo degenera perdiendo fuerza y resistencia para el trabajo. Como he dicho el Estado se ha mostrado indiferente a esta materia, y apenas de algunos años a esta parte se interesa por la higiene combatiendo algunas enfermedades, pero no vigila el aseo y la salubridad de las habitaciones, la alimentación de los trabajadores, la medida del trabajo, ni las posibilidades del esfuerzo y el ejercicio vigorizante.

Cómodo y barato es declarar de una vez satisfecho a todo el mundo, porque no protesta y porque lleva en silencio una vida miserable. Tal criterio no es una novedad nicaragüense. En varios países se ha procedido del mismo modo hasta que despertó el huracán a las clases acomodadas, que se encontraron de pronto con masas airadas y sin educación que reclamaban sus derechos por métodos salvajes. "El comunismo no puede venir hacia nosotros. Estamos libres por la forma primitiva de nuestra economía que es todavía colonial y carece de industria. Nuestro clima no exige gastos mayores para la defensa del cuerpo. Faltan siglos para que podamos tener los problemas de la distribución que abruma a otros pueblos. Dejemos que algunos ilusos jueguen con un inocente socialismo que no puede penetrar el alma de la nación que lo rechaza como planta exótica." Esos son los lugares comunes que se han repetido en todas partes, mientras las clases acomodadas duermen tranquilas, y las malas ideas se van colando en virtud de una propaganda persistente y hábil, y socavan las bases del edificio.

Es verdad que la clase principal en Nicaragua no es hermética, sino más bien accesible y se renueva constantemente. Es cierto que nuestro pueblo no padece las mordeduras terribles del hambre, que aflige en otros países a muchedumbres de proletarios sin ocupación, y que entenebrece las inteligencias y es acicate para la rebelión. Es cierto que no tenemos, sino para oficios determinados, la desocupación forzosa; y que todo hombre en Nicaragua que busca trabajo, si no se encastilla en un oficio único, lo encuentra, porque más bien se padece de escasez de brazos para las faenas agrícolas; pero no olvidemos el dolor que significa, el tener que abandonar la profesión aprendida, y que se creyó desde los años mozos medio seguro de ganarse el pan. No podemos negar tampoco veracidad al dicho, que hemos escuchado en tertulias de propietarios, de que las fincas producen muy poco y no permiten, sin la ruina del due-

ño, aumentar las erogaciones; que la distribución de los productos es exigua tanto para los servidores como para el patrón, sin que haya lugar a queja de ninguno porque todos sufren la misma pena. Pero estos argumentos no valen frente al problema social. Al trabajador no le importa que sea pequeña la ganancia del dueño, lo que le importa es la mala remuneración de su trabajo. El trabajador que escucha las insinuaciones malévolas de los propagandistas de las falsas doctrinas sólo mira su precaria situación, su vida miserable, y se deja arrastrar por el señuelo de reivindicaciones que le prometen. Reflexionemos seriamente en que esa falta de producción no debe caer sobre el trabajador aunque le ayude con la carga el propietario, sino que se debe intensificar la empresa para bien de todos o abandonarla si no produce las justas compensaciones del esfuerzo de unos y de otros. No olvidemos lo que dice el filósofo autor del "Sentido de la Historia": "Cuando faltan fuerzas creadoras necesarias para la transformación de las formas de la vida, el curso de un pueblo adopta un ritmo revolucionario".

El comunismo que es esencialmente expansivo, no descansa por conquistar el mundo. Ha vuelto sus ojos a los países hispanoamericanos, porque cree que en este Continente está el porvenir de la civilización, y que sólo apoderándose de los países latinos podrá hostilizar con éxito a los Estados Unidos, en cuya raza sajona está como encarnado el ideal capitalista. En operaciones ocultas avanza logrando esa infantil confianza que he señalado. Usa de una estrategia que ya va siendo bien conocida por los que estudian la materia. Si nos fijamos encontraremos repetidos los intentos en las formas de una táctica revolucionaria que se parapeta detrás de la que encuentra, para ocultarse mientras prepara el ambiente y después lanzarse a la acción directa.

He procurado exponer esta tesis midiendo las palabras y examinando las cosas sin exagerar los términos. Es posible la invasión comunista en Nicaragua. Los hechos, las circunstancias, los argumentos, todo prueba esta conclusión. Pero no debemos enloquecernos de alarma, ni entregarnos a pueriles miedos.

No debemos tampoco permanecer en la postura cómoda de los que se atienen a la vigilancia del Estado, que posee instrumentos políticos ineficaces para organizar solos una sociedad. Aceptada la premisa, debemos proceder con serenidad a buscar los remedios en las fuentes cristianas que nunca se agotan. Los mismos comunistas con el presilitismo mesiánico que los domina, declaran que existen dos INTERNACIONALES que se disputan el dominio de la humanidad: Roma y Moscú.

Frente al ideal comunista, que levanta, envolviendo un grosero materialismo, las reivindicaciones de las clases pobres, no puede erigirse más que el cristianismo integral, que envuelve esas reivindicaciones en el espiritualismo, que las hace más respetables y más capaces de labrar la felicidad del hombre.

Nuestra sociedad es cristiana, nuestra táctica debe ser organizarla. No me toca investigar los medios; pero no quiero terminar sin decir a la juventud que nuestra tradición cristiana y romana nos debe inclinar a reconocer la permanente superioridad del amor y de la acción sobre la permanente superioridad del amor y de la acción sobre las meras teorías. Procuremos concordar un designio individual de caridad con un corporativismo ordenado por la justicia social, para el bien común, y confiemos a Dios el destino de nuestra Patria.